

XXVI Domingo Tiempo Ordinario

Ezequiel 18, 25-28, 9; Filipenses 2, 1-11; Mateo 21, 28-32

« ¿Quién de los dos hizo lo que quería el padre? »

25 Septiembre 2011 P. Carlos Padilla Esteban

« *Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús* »

Se alejaba la tormenta, volvía la calma de la noche en Cuatro vientos, y las palabras de Benedicto XVI resonaban en el aire: *«Hemos vivido una aventura juntos»*. A todos nos atraen las aventuras. Las aventuras no se programan, suceden. Hoy en día, cuando el mundo nos habla de aventuras, puede referirse a una de esas experiencias pasajeras, poco profundas, que no duran en el tiempo. Puede abrimos a un mundo atrayente, novedoso y lleno de luz que vence la monotonía anodina de cada día. Las aventuras tienen un eco fascinante, de ruptura con lo de siempre; son algo inesperado y sorprendente, frente a la rutina de la fidelidad de la vida. Pero también las aventuras nos hablan de dificultades, de lucha y de esperanza en las sombras. La aventura de Cuatro Vientos tenía algo de imprevisible. Uno trata de organizarlo todo, prever los contratiempos y contar con los imprevistos. La aventura, sin embargo, rompe nuestras previsiones y nos hace asumir el riesgo y el peligro. Así suele ocurrir en la aventura de nuestra vida, cuando asumimos el riesgo de vivir de verdad. Era necesario ir a Cuatro Vientos para exponernos a una aventura. Las tormentas en medio de la noche nos quitan la seguridad. Nos encontramos expuestos y nos parece que el camino deja de ser tan apacible. Entonces, sin techo que nos proteja, deseamos que termine esa incertidumbre llena de ansiedad. Mientras la aventura escapa a nuestro control, pensamos que nos hemos equivocado, que estamos en el lugar erróneo. No obstante, cuando ya todo ha pasado, nos alegra haber estado ahí y no haber claudicado. Al volver la mirada hacia el pasado, empezamos a comprenderlo todo. Decía Kierkegaard: *«La vida sólo se puede comprender mirando hacia atrás. Pero sólo se puede vivir mirando hacia delante»*. Nuestra fidelidad en la incertidumbre de la tormenta le da un valor mayor a la aventura. **Nos sentimos héroes por unos segundos, protagonistas y aventureros victoriosos.**

Miramos a Jesús, lo vemos caminando entre los hombres, y nos gustaría vivir una aventura con Él. Las aventuras de los Evangelios nos atraen y nos gustaría ser en esos instantes uno de sus apóstoles. Las aventuras de nuestra propia vida nos hacen mirar hacia delante con esperanza, cuando somos capaces de mantenernos firmes en la fe en medio de la tormenta. Cuando salimos del peligro, cuando vencemos los miedos, cuando logramos sacar lo mejor de nuestras vidas, empezamos a mirar el futuro de forma diferente. Es como si algo hubiera cambiado en el alma, en nuestra mirada antes algo temerosa. Las palabras de Benedicto XVI nos explican el sentido de nuestra fe: *«La fe no proporciona solo alguna información sobre la identidad de Cristo, sino que supone una relación personal con Él, la adhesión de toda la persona, con su inteligencia, voluntad y sentimientos, a la manifestación que Dios hace de sí mismo»*. Necesitamos adherirnos con el alma y con la vida a ese Cristo protagonista de la aventura que cambió nuestra propia vida. Necesitamos amarlo con todo el corazón. Es la misma aventura que estamos llamados a vivir, la aventura de la fe, la aventura de la amistad con Cristo. En la película *«Las flores de Harrison»*, que narra los peligros de los fotógrafos de guerra durante la guerra de los

Balcanes en 1991, impresiona la fe y el amor de la protagonista. Avisada de la muerte de su marido, ella cree que vive y va a buscarlo. Nadie logra hacerle desistir de una aventura que parece imposible. Uno de los que la acompañan comenta: «*Ojalá un día alguien nos ame como ella le ama a él*». Su fidelidad, su amor, su fe profunda le da fuerzas para perseverar hasta al final y llegar hasta él. Hoy Cristo, nos invita a formar parte de la aventura que quiere que vivamos a su lado. La fe en Cristo, el amor a Él, nos hace caminar confiados y sin miedos. Decía Benedicto XVI: «*Conservad la llama de Dios y compartidla con vuestros coetáneos. Manifestad al mundo entero el rostro de Cristo*». **En este mundo inconstante y frágil, Él se erige como fundamento de vida y esperanza.**

En la sabiduría griega, Sísifo es una figura condenada a hacer rodar una gran piedra hasta la cumbre de un monte. Es una aventura inmensa y él se esfuerza; sin embargo, a pesar de ello, la piedra cae una y otra vez hacia abajo, sin llegar nunca a la cumbre. El trabajo de Sísifo es un trabajo pesado e inútil¹. Anselm Grünm decía: «*El que quiere controlar todos sus sentimientos y sus acciones, gasta mucha energía consigo mismo. Por eso no le quedan ya fuerzas suficientes para rodar la piedra hasta la cumbre. Se derrumba completamente y todo esfuerzo es inútil*». Muchas veces vivimos en la tensión de querer controlar nuestra vida totalmente, como en una aventura en la que todo dependiera de nuestra entrega fiel. Queremos aparentar seguridad ante los demás y nos refugiamos detrás de una apariencia firme y segura. Sin embargo, como dice Anselm Grünm: «*Siempre llega el momento que la fachada se derrumba y todo el sistema de control se viene al suelo*». Es duro comprobar cómo muchas personas se acaban quebrando cuando quieren controlarlo todo, cuando cargan sobre sus hombros cargas tan pesadas que no consiguen avanzar. El «*deber ser*» les pesa en lo más profundo. Siempre tienen que dar buena imagen, no pueden mostrar sus sentimientos ni sus debilidades, y tienen que lograr hacer todo lo que les piden. Ellos esperan mucho de su vida y los demás tienen también una fundada esperanza en los éxitos que van a lograr. Cargados de responsabilidades y deudas acaban minando su salud, y sus energías ceden al final, porque el cuerpo, la cabeza y el corazón, acaban diciendo basta. **Y la piedra, pese al esfuerzo, no llega a la cumbre.**

Es muy importante saber qué quiere Dios de nosotros y en qué ocasiones es bueno que sepamos decir que no. Nos cuesta poner los límites. ¿Cuándo tenemos que decirle que no al padre que nos invita a la viña? ¿Es legítimo decirle que no? ¿No estamos malgastando la vida si no vamos a la viña siempre que nos llama? Pero, en realidad, ¿es siempre Él el que nos llama o es ese «*deber ser*» que nos hemos construido y colocado en el interior de nuestra cabeza el que no nos deja vivir tranquilos? No todo lo que nos piden los demás o lo que nosotros nos exigimos es siempre querido por Dios. Pero es cierto que resulta a veces difícil discernir con claridad lo correcto. El Evangelio de hoy nos habla de hacer la voluntad de Dios, de obedecer a ese padre que manda a sus hijos a la viña. Descubrir el camino y el cómo de esa aventura es una tarea para toda la vida. Es un camino que vamos desvelando torpemente, entre luces y sombras, claros y tormentas. Nuestra vida consiste en hacer lo que Dios nos pide, no lo que nosotros creemos que nos pide o los demás creen que Dios nos pide. No es tan fácil. El corazón se confunde. La luz del amor de Dios nos muestra el sentido y nuestro amor está llamado a lograr que las personas que se nos han encomendado descubran ese camino: «*Amar a un ser humano significa amar su vocación y la vocación de un ser humano siempre es la santidad, es decir, ningún aspecto del amor verdadero puede ir en contra de la santidad*»². Nuestro camino es vivir la santidad y no siempre entendemos bien lo que significa ser santos. Pensamos que ser santos es decir siempre que sí, en una lucha sin cuartel por no bajar la guardia, por ser fuertes, por cargar la piedra. Nos esforzamos sin calcular nuestras fuerzas, a veces con

¹ Homero, “Odisea” XI, V, 593

² Wanda Póltawska, “Diario de una amistad”, 110

miedo, a veces con pasión. Sin embargo, nos olvidamos de esa presencia sin la cual toda entrega es en vano. Las manos de Dios construyen sobre nuestras manos, su amor se hace presente en nuestro amor tan frágil. Las palabras del salmo hablan de esa conducción de Dios: «Señor, enséñame tus caminos, instrúyeme en tus sendas: haz que camine con lealtad; enséñame, porque tú eres mi Dios y Salvador, y todo el día te estoy esperando. Recuerda, Señor, que tu ternura y tu misericordia son eternas; no te acuerdes de los pecados ni de las maldades de mi juventud; acuérdate de mí con misericordia, por tu bondad, Señor». Sal 24, 4b-5. Queremos comprender que nuestra vida sólo tiene cimientos profundos y firmes cuando dejamos que sea Él el que gobierne. Cuando no cargamos sobre nuestros débiles hombros todo el peso. **Cuando asumimos que la vida llega a buen fin cuando Él decide.**

Hoy resuena la invitación a seguir a Dios allí donde quiera llevarnos: «Hijo, ve hoy a trabajar en la viña». Me impresiona la calidez de la invitación. Ese «hijo», pronunciado con ternura, resuena en el corazón. Es la invitación del padre que no fuerza, que sólo seduce, que invita con cariño y respeta la decisión del hombre. El amor de Dios es el comienzo de la llamada. Y la llamada lleva irremisiblemente a la acción. María, amada por Dios, fue llamada por el Ángel. Su sí se hace acción casi inmediatamente y corre presurosa al encuentro de su prima Isabel. El sí de María es la perseverancia en el amor recibido y entregado con humildad. Es un sí renovado en cada paso del camino. Es un sí que nos da hace confiar. La miramos a Ella para aprender. El amor provoca en el corazón del hombre el deseo de amar más, de entregarlo todo. El corazón que no se ha endurecido y está abierto a la vida, no permanece indiferente ante la llamada del amor. Reacciona y se pone en camino. Es el amor de un Padre que perdona y se compadece, tal como lo describe Ezequiel: «Cuando el malvado se convierte de la maldad que hizo y practica el derecho y la justicia, él mismo salva su vida. Si recapacita y se convierte de los delitos cometidos, ciertamente vivirá y no morirá». Ezequiel 18, 25-28, 9. Es un padre comprensivo y paciente, que acepta la respuesta de sus hijos con confianza. Así es el amor de Dios con nosotros, que nos llama y espera. Desea un sí de nuestros actos y no de nuestras palabras. Cae rendido ante nuestra vida derramada y **no se sorprende de las palabras dichas en momentos de luz o de oscuridad, porque lo que de verdad importa son nuestras acciones.**

Seguir a Jesús y hacer lo que nos pide, nos lleva a tener sus sentimientos y a actuar como él actúa. Decía S. Beda, al meditar sobre la llamada de Jesús a Mateo: «Jesús vio al publicano y, porque lo amó, lo eligió, y le dijo: Sígueme, más que con sus pasos, con su modo de obrar. Porque, quien dice que permanece en Cristo, debe vivir como vivió Él». El mensaje de la segunda lectura resalta la importancia de tener los sentimientos de Cristo: «Si queréis darme el consuelo de Cristo y aliviarme con vuestro amor, si nos une el mismo Espíritu y tenéis entrañas compasivas, dadme esta gran alegría: manteneos unánimes y concordes con un mismo amor y un mismo sentir. No obréis por rivalidad ni por ostentación, dejaos guiar por la humildad y considerad siempre superiores a los demás. No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás. Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús». Filipenses 2, 1-11. Es la perseverancia del que no flaquea y sigue la voluntad de Dios, la que trae luz a la tierra. La perseverancia que despierta humildad, alegría, unidad, comunión, compasión en la entrega diaria. Son sentimientos propios de Cristo y deberían ser sentimientos propios de todo cristiano. El que ha sido llamado por Cristo está invitado a ser otro Cristo. Y nuestras acciones deberían ser huellas del Maestro sobre el rostro de este mundo. Pero muchas veces no somos humildes ni comprensivos, y nuestro amor es mezquino y juzga a los hombres sin comprensión. Unas palabras que leía hace poco expresan nuestro deseo: «Ojalá siempre intentáramos comprender a las personas antes de juzgarlas. Y ojalá la gente fuera capaz de ser honesta y contarnos su vida para que pudiéramos valorarla con comprensión»³. Comprensión y unidad. Verdad y misericordia. **¡Cuánto le**

³ Albert Espinosa, “Si tú me dices ven lo dejo todo...pero dime ven”, 149

cuesta al corazón humano comprender a los demás y construir la unidad!

Nuestra fidelidad hecha carne, en actos de seguimiento, en respuesta a lo que Dios nos pide, es lo que Dios espera de nuestra vida. Lo importante no es prometer con palabras frágiles y pasajeras, volátiles y esquivas, que haremos lo que nos pide. No, no bastan nuestras palabras, aunque estén escritas con sangre, aunque parezcan sinceras y salidas de lo más profundo del alma, lo importante es hacer vida lo que prometemos: *«En aquel tiempo, dijo Jesús a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo: -¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y le dijo: -Hijo, ve hoy a trabajar en la viña. Él le contestó: - No quiero. Pero después recapacitó y fue. Se acercó al segundo y le dijo lo mismo. Él le contestó: - Voy, señor. Pero no fue. ¿Quién de los dos hizo lo que quería el padre? Contestaron: -El primero».* Decir que sí y luego ser fieles es lo central. O decir que no en un acto de rebeldía y acabar al final escribiendo con sangre nuestra entrega. Sí, al final sólo quedan nuestros actos. Y es que, como siempre hemos escuchado, no da igual hacer que no hacer. Decía Elisabeth Kübler-Ross: *«Las vidas de todas las personas están interrelacionadas, entrelazadas, que todo pensamiento o acto tiene repercusiones en todos los demás seres vivos del planeta, a modo de reacción en cadena».* Todo lo que hacemos en nuestra vida tiene un efecto en cadena. Nuestra fidelidad afecta a los que nos rodean, aunque pensemos que es sólo cosa nuestra. Nuestro amor engendra amor al caer en la tierra y nuestro odio despierta odio. **El bien es difusivo y el mal engendra un nuevo mal que continúa esa cadena de odio.**

En la parábola de hoy, uno de los hijos dice que sí a la petición del padre. Sin embargo, cuando llega la hora de ir a trabajar en la viña, no lo hace. Su deseo primero es obedecer y ser fiel. Sabe que es importante lo que le piden y quiere hacerlo vida con el corazón. Sus sueños son grandes. Seguro que ese sí es pronunciado con afecto, con la carga fuerte de un corazón que quiere entregarse por entero. No miente al afirmar su voluntad firme de ir a la viña. Quiere dejarlo todo por ese amor hecho pregunta. Sin embargo, la infidelidad se hace realidad en su alma sin él quererlo. A veces es fácil decir que sí con palabras, le gritamos al mundo que haremos algo grande. Pero más tarde, nos fallan las fuerzas y no logramos llevar la piedra hasta la cumbre, nos detenemos. A veces podemos decir que sí para que nos dejen tranquilos, para que no nos molesten con tanta insistencia. O tal vez decimos que sí con voz fuerte, sin miedo, convencidos de que podríamos ser fieles hasta el final. Sin embargo, puede ocurrir que contemos sólo con nuestras fuerzas y no con la fuerza de Dios. Una definición de fidelidad dice así: *«Fiel es quien no se mira a sí mismo sino que mira a Dios. Es aquel que observa meticulosamente la voluntad de Dios, sin que sea preciso recordársela. Detrás de la actitud de fidelidad se esconde la confianza. Es amor por el cumplimiento del deber. Fiel es aquel en quien se puede confiar, que no defrauda, cumple su palabra y obra de corazón»*⁴. Es la fidelidad de quien mira a Dios y no sólo la rectitud de su corazón. Es la fidelidad como gracia que se derrama sobre la impotencia del esfuerzo humano que cede en la lucha. **Es la fidelidad como don que se implora cada mañana. No bastan las palabras. La voz se hace carne.**

El amor de Dios posibilita la fidelidad de nuestro sí. El amor ensancha el alma y nos hace más capaces de vencer en las sombras. Decía el Padre Pío: *«El eje de la perfección es el amor. Quien está centrado en el amor vive en Dios».* En ese amor a Dios, sólo en ese amor profundo, seremos capaces de seguir a Dios. El otro día leía algo interesante sobre nuestro amor: *«El perfil del verdadero amor es bajo y tiene raíces profundas, está en el fondo quieto del río, no en su veloz y turbulenta superficie»*⁵. Un amor así no mide, no busca el equilibrio, no espera recompensa. Es un amor que no es pasajero y lleno de ruido, sino estable, firme y sólido. Un amor que no es turbulento, sino constante. Un amor

⁴ Wanda Póltawska, "Diario de una amistad", 122

⁵ Sergio Sinay, Artículo "La cadencia del amor"

construido sobre el corazón y la voluntad del hombre que desea decir que sí, y hacer lo que ha prometido. Decía el P. Kentenich sobre la generosidad en el amor y sobre la magnanimidad: «*Si decimos que queremos una pedagogía de magnanimidad, que queremos cultivar la magnanimidad, eso presupone la pedagogía de deberes. Un hombre del deber puede resistir mejor las dificultades de la vida que el hombre de la magnanimidad que sólo juega con la magnanimidad, que sólo habla de ella, pero que, en la vida práctica, sólo hace “como si”*»⁶. El deseo de amar hasta el final, de dar la vida, necesita la pasión del sí pronunciado con alegría y la profundidad del sí construido en la oscuridad del camino, en medio de la tormenta. Es el alma grande que se hace fuerte en el deber cumplido en las sombras, en la disciplina que ordena nuestra vida, sin que nadie lo perciba. Ese amor silencioso y sincero se hace sólido. **Ese sí construido sin aspavientos, con la madurez de la vida.**

Las palabras que Jesús pronuncia hoy nos duelen en el alma: «*Jesús les dijo: -Os aseguro que los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera en el camino del reino de Dios. Porque vino Juan a vosotros enseñándoos el camino de la justicia, y no le creísteis; en cambio, los publicanos y prostitutas le creyeron. Y, aun después de ver esto, vosotros no recapacitasteis ni le creísteis*». Mateo 21, 28-32. No nos gustan las comparaciones cuando salimos mal parados en ellas. Nos duele pensar que, estando tan cerca de Jesús y viviendo la misma aventura a su lado, no seamos capaces de vivir en su presencia y ser fieles para siempre. Nos sorprende que las prostitutas y los publicanos, pecadores e infieles públicos, vayan por delante en la carrera de la vida. A veces creo que no nos fijamos demasiado en esta afirmación de Cristo. Nos parece una metáfora incomprensible, un símil poco acertado. No pensamos que nuestra vida, que quiere ser fiel, nos pueda alejar de la meta, de esa cumbre hacia la que caminamos cargando la piedra. La infidelidad de los demás nos parece demasiado dolorosa y no nos percatamos de esa infidelidad nuestra, que se repite con frecuencia en nuestro corazón y que tan fácilmente disculpamos. Lo prometemos todo, estamos dispuestos a todo por nuestras palabras, que hablan de entregar el corazón y dar la vida. Pero luego, cuando llega el momento de la verdad, nos caemos. Alguien decía: «*Si pierdes el miedo a las caídas, caminas mejor y hasta puedes atreverte a correr. Todo en la vida debería ser así, primero caerse y luego caminar*»⁷. Pero nosotros no soportamos nuestras caídas y no aprendemos de ellas. **Aprender de nuestras infidelidades nos capacita para ser fieles, para correr por la vida, para amar sin barreras.**

Vivimos en una sociedad en la que cuesta hablar de una fidelidad sin tiempo, para siempre. Los compromisos eternos nos parece que quedan fuera de nuestro alcance. Siempre pienso que la fidelidad y la felicidad van muy unidas. Pero así como «*la felicidad no existe, sino que sólo existe ser feliz cada día*»⁸. De igual modo la fidelidad como tal se construye también cada día, en el momento, en el sí que damos a la llamada de Dios. Vendrán momentos de crisis, de tormenta, en los que el amor tendrá que fortalecerse. Momentos en los que la vida será una aventura. Leía sobre el amor que es maduro: «*El amor crece a través de obstáculos y conflictos inherentes a la vida, se temple en la confrontación con los mismos y hace de esas instancias un punto de reconocimiento entre quienes se aman*»⁹. Por muy difíciles que veamos la realidad siempre hay un motivo para la esperanza. En un programa de televisión sobre la infidelidad en el matrimonio, una mujer hablaba de un antídoto: «*Por muy mal que te vaya, siempre se puede volver a empezar*». La esperanza de que algo pueda cambiar sostiene nuestra vida. Es la confianza en que si ponemos de nuestra parte la situación cambia. Nuestro sí hoy se eleva sobre el silencio. **Nuestro sí que se hace carne en una fidelidad que Dios sostiene. Con mucha paz. Confiados.**

⁶ J. Kentenich, “Textos pedagógicos”, 321

⁷ Albert Espinosa, “Si tú me dices ven lo dejo todo...pero dime ven”, 115

⁸ *Ibíd.*, 140

⁹ Sergio Sinay, Artículo “La cadencia del amor”